

CLÁSICOS  
A MEDIDA



# Capitanes intrépidos

Rudyard Kipling

ANAYA





# Capitanes intrépidos



## El humo se sube a la cabeza



La oxidada puerta del salón de fumadores se había quedado abierta a la niebla del Atlántico Norte, mientras el gran barco de pasajeros se balanceaba y se inclinaba haciendo sonar la sirena para avisar de su presencia a la flota pesquera.

—Ese muchacho, Cheyne, es inaguantable —dijo un individuo con abrigo de lana, cerrando la puerta de un portazo—. No lo queremos aquí. Es un maleducado.

Un alemán de pelo blanco cogió un sándwich y murmuró entre bocados:

—*Conosco* a los de su clase. América está llena de niñatos como él. Es lo que yo digo, ustedes *deferían* importar cuerdas de nudos *lifres* de impuestos.

—¡Bah! Realmente, no es tan malo el chaval. Es más digno de compasión que de otra cosa —dijo un neoyorquino arrasando las palabras, tumbado entre cojines cuan largo era, bajo la húmeda claraboya—. Su madre es una dama encantadora,

pero desde que era un crío lo ha estado llevando de hotel en hotel y es incapaz de controlarlo. El chico va a Europa a completar su educación.

—Su educación no ha empezado aún —añadía un pasajero de Filadelfia, acurrucado en un rincón—. Ese muchacho recibe doscientos dólares de paga al mes, según me ha dicho. Y todavía no ha cumplido dieciséis años.

—Su padre posee ferrocarriles, ¿no es *ferdad*? —preguntó el alemán.

—Sí. Y minas y serrerías y barcos —contestó aburrido el de Filadelfia—. Es dueño de media docena de compañías ferroviarias y de la mitad de la madera de la costa del Pacífico; el viejo se ha construido una mansión en San Diego y otra en Los Ángeles, pero su mujer dice que no le sienta bien el oeste, así que va de aquí para allá con el chico y sus nervios, gastándose el dinero desde Florida a Nueva York, tratando de encontrar algo que al niño le entretenga, supongo. Cuando el jovencito termine en Europa va a ser una auténtica perla.

—¿Y qué le pasa al padre para que no pueda ocuparse él mismo del hijo? —dijo el individuo del abrigo de lana.

—El viejo se dedica a amontonar dinero. Me imagino que no quiere que lo molesten. Se dará cuenta de su error dentro de unos años. Lástima, porque el muchacho tiene buen fondo si alguien sabe llegar a él.

Una vez más la puerta se abrió de golpe y un muchacho menudo y esbelto, de unos quince años, con un cigarrillo a medio fumar colgándole de la boca, se apoyó en el marco. El tono amarillento de su piel no era propio de su edad, y en su mirada había una mezcla de indecisión, chulería y escasa inteligencia. Vestía una cazadora de color guinda, pantalones cortos, calcetines rojos y zapatillas de deporte, y una gorra roja de franela

echada para atrás. Después de silbar entre dientes y de observar a los presentes en el salón, dijo con voz alta y gritona:

—¡Vaya niebla que hay fuera! Se oye a los barcos de pesca graznar en los alrededores. ¿No sería divertido que echáramos uno a pique?

—Cierra la puerta, Harvey —dijo el neoyorquino—. Y quédate fuera. Aquí no haces ninguna falta.

—¿Quién me lo va a impedir? —respondió el muchacho, con intencionada calma—. ¿Es que me ha pagado usted el pasaje, señor Martin? Creo que tengo el mismo derecho que cualquiera a estar aquí.

Cogió unos dados de un tablero de damas y se puso a pasárselos de una mano a otra.

—Bueno, señores, esto es un aburrimiento de muerte. —Y sacándose del bolsillo un puñado de billetes, añadió—: ¿no podríamos organizar una partidita de póquer?



—¿Cómo está tu mamá? —preguntó alguien—. No la he visto durante el almuerzo.

—Supongo que está en su camarote; casi siempre se maree en alta mar. Le daré quince dólares a la camarera para que la cuide. No me gusta bajar si puedo evitarlo, porque pasar por delante de la despensa del cocinero me revuelve el estómago.

—No hace falta que te disculpes, Harvey.

—¿Quién se está disculpando? Para ser la primera vez que viajo en barco, no me he mareado, excepto el primer día. ¡No, señor! —dijo y dio un puñetazo de triunfo en la mesa.

—¡Vaya! No hay duda de que eres un producto de primera calidad, con la marca bien a la vista —bostezó el viajero de Filadelfia—. Cuando acabes de crecer, vas a convertirte en un motivo de orgullo para tu país, como nadie te lo impida.

—¡Desde luego! Soy norteamericano, antes, durante y a todas horas, y así lo voy a demostrar cuando desembarque en Europa. ¡Uf! Se me ha apagado el cigarrillo. No puedo soportar esa hoja de lechuga que vende el camarero. ¿Alguien tiene un cigarrillo de verdad?

El alemán abrió su petaca y ofreció a Harvey un delgado puro habano muy negro.

—Esto es lo mejor que hay para fumar, mi *jofen* amigo —dijo—. ¿Quieres *profarlo*? ¿Sí? Nunca *hafrás* probado nada mejor.

Harvey encendió ceremoniosamente aquel feo cigarro. Tenía la sensación de estar entrando en el mundo de los adultos.

—Se necesitaría algo más fuerte que esto para tumbarme —dijo, sin saber que estaba encendiendo un auténtico petardo.



—Lo *feremos* enseguida —comentó el alemán, y dirigiéndose al jefe de máquinas, que acababa de entrar, le preguntó—: ¿dónde estamos ahora, señor Mactonal?

—Justo donde debemos estar, poco más o menos, señor Schaefer —contestó este—. Esta noche llegaremos al Gran Banco<sup>1</sup>; pero, en general, se puede decir que desde el mediodía estamos en medio de la flota pesquera, hemos pasado rozando a tres *doris*<sup>2</sup> y casi nos llevamos por delante el botalón<sup>3</sup> de un barco francés. Y con eso ya está todo dicho.

—Te gusta mi *sigarro*, ¿eh? —preguntó el alemán, viendo que a Harvey se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—¡Ya lo creo! Intenso sabor —respondió el muchacho, apretando los dientes—. Me parece que hemos reducido la marcha. ¿No es así? Voy a asomarme a cubierta.

Harvey fue hacia la barandilla más cercana. Se encontraba realmente mal, pero vio que un camarero estaba recogiendo las hamacas y el orgullo le hizo alejarse hacia el final de la cubierta de popa<sup>4</sup>, que terminaba en forma de concha de tortuga, cerca del asta de la bandera. No había nadie. Allí se inclinó, aquejado de unas incontenibles náuseas, pues el sabor del puro, unido al vaivén del barco y al estruendo de la hélice, parecía querer arrancarle las entrañas. La cabeza le iba a estallar y chispas de fuego bailaban ante sus ojos; sintió que su cuerpo perdía peso y que sus talones flotaban en el aire. Estaba a punto de desmayarse a causa del mareo, cuando un bandazo del barco lo arrojó

<sup>1</sup> *Gran Banco*: se refiere a uno de los *bancos* de bacalao situados en la costa noreste de Estados Unidos.

<sup>2</sup> *Dory*: nombre femenino familiar que los pescadores daban a las pequeñas barcas de pesca.

<sup>3</sup> *Botalón*: palo largo que sale por delante de una embarcación y donde se sujetan las cuerdas de las velas de fuera.

<sup>4</sup> *Popa*: parte trasera del barco. Es lo contrario de la proa, que es la parte de delante.

por encima de la barandilla al extremo de la cubierta. Entonces, una enorme ola gris que surgió de entre la niebla lo envolvió y lo arrastró fuera del barco; un gran manto verde se cerró sobre él y cayó en un profundo sueño.

Le despertó el sonido de un cuerno de caza similar al que se usa para llamar a las comidas en los campamentos de verano. Poco a poco recordó que era Harvey Cheyne y que se había ahogado y había muerto en pleno océano; pero estaba demasiado débil para pensar. Estaba completamente empapado de agua salada, un frío húmedo y pegajoso le recorría la espalda y nuevos olores llenaban su nariz. Al abrir los ojos creyó que todavía estaba flotando sobre el mar, porque lo veía correr a su alrededor en ondas plateadas; pero comprobó que realmente estaba tumbado sobre un montón de peces medio muertos y que delante de sus ojos había una ancha espalda humana metida en un jersey azul.

—Se acabó —pensó—; estoy muerto y este es el encargado de llevarme al otro mundo.

Dio un quejido y aquella figura masculina volvió la cabeza, mostrando un par de pequeños pendientes de aro dorados medio escondidos entre sus rizados cabellos negros.

—¡Ajá! ¿Te encuentras ya mejor? —dijo—. Sigue tumbado, es mejor para mantener el equilibrio. —Y siguió hablando, mientras con un rápido movimiento de los remos impulsó la proa del bote hacia un mar que lo levantó más de veinte pies<sup>5</sup>, solo para dejarlo caer en un profundo pozo acristalado, sin que por ello interrumpiera la conversación—. Ha sido una buena faena eso de pescarte, te lo digo yo. ¿Eh? Pero todavía ha sido mejor que tu buque no me pescara a mí. ¿Cómo te caíste al agua?

---

<sup>5</sup> *Pie*: medida de longitud usada especialmente en los países anglosajones; equivale a 30'5 centímetros.



—Me mareé —dijo Harvey—; me mareé y no pude evitarlo.

—Fue en el momento justo en el que toqué la bocina y tu barco viró un poco. Entonces te vi caer. ¿Eh? Pensé que la hélice te habría hecho trizas, pero el mar te trajo hacia mí y te cogió como si fueras un gran pez. Así que por esta vez te has librado de morir.

—¿Dónde estoy? —preguntó Harvey, que no se sentía nada seguro allí tendido.

—Estás conmigo en el *dory*. Me llamo Manuel, y vengo de la goleta<sup>6</sup> *Estamos aquí* de Gloucester. Yo vivo en Gloucester. Pronto nos llamarán para cenar. ¿Eh?

Manuel parecía tener dos pares de manos y una cabeza de hierro fundido, pues, además de soplar por una gran caracola, tenía que ponerse de pie, balanceándose sobre el fondo plano del *dory*, y lanzar el chirriante sonido a través de la niebla. Harvey no recordaba cuánto duró aquello, porque él siguió tumbado y aterrado por el humeante oleaje. Después le pareció oír un disparo, el sonido de otra bocina y gritos, y se encontró junto a otra embarcación más grande que el *dory*, pero igual de ligera. Escuchó varias voces y sintió que lo dejaban caer en un agujero oscuro, donde varios hombres con trajes impermeables le quitaron la ropa y le dieron una bebida caliente. En seguida se quedó dormido.

---

<sup>6</sup> *Goleta*: embarcación de vela con dos palos o mástiles, mayor y trinquete, que sirven de sujeción a las velas. Se llama también *bergantín*.